

reales por cada celemin; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistion.

ALOJA.

¡Oh qué graciosa quistion! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no estan plantadas, ¡y ha llevado la mocha tarea sobre ellas?

MENCIGÜELA.

¿Qué le parece, señor?

TORUVIO.

No llores, rapaza: la mochacha, señor, es como un oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa, que y'os prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

ALOJA.

Hora, andad, vecino, entraos allá dentro, y tené paz con vuestra muger.

TORUVIO.

A Dios, señor.

ALOJA.

Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no estan plantadas y ya las habemos visto reñidas.

LOS ENGAÑOS.

COMEDIA.

PERSONAS.

VERGINIO, padre de Lelia.	GUIOMAR, negra.
GERARDO, padre de Clavela.	FRULA, mesonero.
LELIA, bajo el nombre de Fabio.	PAJARES, simple.
CLAVELA, dama.	CRIVELLO, lacayo.
FABRICIO, hijo de Verginio.	QUINTANA, ayo de Fabricio.
LAURO, caballero.	MARCELO, amo de Clavela.
JULIETA, criada.	SALAMANCA, simple.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

(Calle.)

VERGINIO. GERARDO.

GERARDO.

¡PARÉSCETE, Verginio, ser tiempo de darse conclusion en aquel concierto que ya otras veces tú y yo hemos comenzado á tener?

VERGINIO.

Señor Gerardo, no tengas pensamiento que esté yo

con menos congoja que tú podrás tener por no haber dado fin en un negocio que para cada uno de los dos tan deseado tenemos; mas no debes maravillarte, pues sabes que mi ausencia no ha dado lugar á que con mas brevedad se efectuase.

GERARDO.

Mira, señor Verginio, que si como yo muchas veces he imaginado no te hallares á tiempo ni con dineros para comprar atavíos á tu hija, ó para otras cosas que á este efecto conviene, dímelo, que de los que yo tuviere te prestaré de muy buena voluntad.

VERGINIO.

Yo te lo agradezco, aunque por agora no faltan, señor.

GERARDO.

Créolo en verdad; pero dime de gracia, ¿sabes si tu hija Lelia está en el monesterio?

VERGINIO.

Guárdenos Dios, señor: ¿pues adónde habia de estar, habiéndola yo dejado por mi propia mano en compañía de otra prima mia, que en el mismo monesterio ha hecho profesion? Mas dime, señor, ¿á qué efecto me lo preguntas?

GERARDO.

No creas, señor, que lo pregunto sin causa.

VERGINIO.

¿Cómo?

GERARDO.

Yo, señor, te lo diré. Has de saber que mediante el tiempo de tu ausencia yo envié disimuladamente á saber de esas señoras monjas si tu hija estaba en el monesterio, lo cual he sabido por cosa muy cierta que no está allá dentro, sino que anda acá fuera.

VERGINIO.

Pues ten entendido, señor Gerardo, que si eso han dicho las monjas, no es sino por hacer á mi hija que profesase; porque así las unas como las otras he sabido yo que la han cobrado grandísima aficion.

GERARDO.

Bien lo creo.

ESCENA II.

PAJARES. MARCELO, Y DICHOS.

PAJARES.

¿Cuál volver? juro al cielo de Dios allá no vuelva aunque me lo manden y sopriquen saludadores á pie y descalzos, y aunque vengan en cueros.

MARCELO.

Aguardad, don asno, que yo os haré decir de no, cuando os mandaren la cosa.

PAJARES.

¡Asno! ¿Parésceos bien cuál habeis parado la ca-

ña con que la otra hacia la cama? Agora hará la cama con los dedos.

VERGINIO.

¿Qué es aquesto, Pajares? ¿Cómo sales así? ¿Qué ropas son esas?

PAJARES.

Las basquiñas de la señora Lelia.

VERGINIO.

¿Quién te las vistió?

PAJARES.

Yo me las vestí.

VERGINIO.

¿Para qué?

PAJARES.

Estáse lavando mi sayo.

VERGINIO.

¿Para qué se lava tu sayo?

PAJARES.

Embarréme anoche.

VERGINIO.

¿Adónde?

PAJARES.

En el soterraño.

VERGINIO.

¿Cómo?

PAJARES.

Caí: hay mas son que caí.

MARCELO.

Cayó el asno, cayó.

PAJARES.

Yo caí, yo: que hombre soy para caer cincuenta veces muy mejor que vos.

VERGINIO.

Hora, no hay quien te entienda.

PAJARES.

Dizque no hay quien me entienda. Espere vuesa merced, que yo le cogeré á las palabras. ¿Qué está á la entrada de la escalera, junto junto al soterraño, al rincón?

VERGINIO.

Ya, ya te entiendo.

PAJARES.

Pues ahí, mal punto, caí: hablando con reverencia, y casi medio de boca.

VERGINIO.

¿Pues cómo decias que te habias embarrado?

PAJARES.

Pues díjelo por afeitar el vocabro, que mejor dijera encerado ó alquitrado, que no embarrado.

VERGINIO.

Mas qué bueno estarias para retratar.

PAJARES.

Yo le diré á vuesa merced qué tal, que me decian que parecia calabaza en conserva, ó milanazo con liga.

VERGINIO.

¿Y agora por qué reñiades, decidme, Marcelo?

PAJARES.

Porque queria el señor amo con todo su seso que le fuese yo acompañando de calle en calle hecho marigalleta.

GERARDO.

No era razon.

PAJARES.

No en verdad, señor desposado.

VERGINIO.

Pues amo, ¿dónde queriades ir?

MARCELO.

Señor, queria llegarme á Santa Bárbara por aquella moza, y roguéle á este asno que pues estaba ansi, se rebozase y tomase un manto, porque me fuese acompañando y trajese no sé qué baratijas que Lelia tiene en el monesterio; y porque se lo mandé nos ha querido hundir la casa á voces.

PAJARES.

¿Yo hundir la casa á voces? Enterísima sé que está. No me hubiésedes vos mas aina hundido las costillas á garrotazos.

VERGINIO.

Pues Pajares, ¿qué mas bien querias que venir acompañando á una dama?

PAJARES.

Ande d'ahí. ¿Tambien hace vuesa merced de las suyas como hijo de madre?

VERGINIO.

¿Yo, cómo?

PAJARES.

¿Parésele á vuesa merced que si topa por ahí el hombre con alguno del Almendralejo, que irán buenas nuevas á mi padre?

VERGINIO.

Por cierto, muy malas.

PAJARES.

¿Qué nuevas?

VERGINIO.

¿Qué me sé yo de lo que tú te piensas?

PAJARES.

Yo le diré que piensa el otro qu'es el hombre majano ó sayalero, y decille ha que ando hecho santera ó dama de forja.

GERARDO.

Señor Verginio, yo me entro; y en esotro negocio lo dicho dicho, y en lo que toca al dote, á lo concertado me remito.

VERGINIO.

Señor, á la mano de Dios: ya vé que no se entiende en otra cosa.

GERARDO.

Muy bien, señor.

ESCENA III.

VERGINIO. MARCELO. PAJARES.

VERGINIO.

Marcelo, ya vistas á Gerardo cómo estaba hablando conmigo sobre el casamiento de mi hija Lelia; por eso abrevia en ir por ella porque se efectúe, y dareis de mi parte á esas señoras mías mis besamanos.

MARCELO.

Pláceme. ¡Oh desdichada de ti, Lelia! Por Dios, señor, mas estimára verla bajo tierra que no casada con ese diablo, que creo que tiene mas años que yo al doble, y agora se quiere casar con una mochacha que la podria tener por biznieta.

VERGINIO.

Ya, ya lo veo; mas ¿y qué quereis que haga, pecador de mí? ya veis en cuánto extremo van hoy dia las cosas del mundo, y este negocio viéneme á mí muy á cuenta.

MARCELO.

¿Cómo muy á cuenta?

VERGINIO.

Yo os lo diré. Está concertado que yo le dé á mi hija Lelia por muger, dotándomela en mil florines de su propia moneda, con tal condicion que si mi hijo parece dentro de cuatro años, le case con su hija Clavela, dotándola en la misma cantidad.

MARCELO.

Bien está, señor; pero yo mas querria un rato de contentamiento que cuantos tesoros hay en el mundo; pero yo me voy, que se hace tarde.

VERGINIO.

Pues, amo, id y mirad que no vengais sin ella.

MARCELO.

Pierda cuidado.

PAJARES.

Pues yo, amo, quédome.

MARCELO.

Quédate con mal año que te dé Dios.

PAJARES.

Para vos ser bueno, amo, mal hablais.

VERGINIO.

Éntrate conmigo, tontazo.

ESCENA IV.

MARCELO. LELIA.

MARCELO.

¿Habeis mirado el devaneo destes viejos podridos? que queria reirme, sino que me falta la gana, que es lo mejor. No en valde dicen que muchas veces los viejos se tornan á la edad primera. ¿Mas qué digo? ¿Qué

es lo que veo? En verdad que si Lelia no estuviera en el monesterio, jurára que era esta que aqui viene en hábito de hombre; ¿pero qué digo? que no es otra por mi fé.

LELIA.

¡Oh pecadora de mí, que aun hasta en esto me ha de ser la fortuna contraria! ¿Por qué calle me escondere, que ya me ha visto el amo de casa de mi padre?

MARCELO.

Lelia.

LELIA.

Amo.

MARCELO.

¿Qu'es aquesto, Lelia? ¿Qué hábito es este? ¿Por ventura es este el monesterio donde asi tu padre como todos pensamos tenerte recogida? Háblame, ¿de qué enmudeces?

LELIA.

Señor amo, á quien con mas razon debria yo llamar padre, no os debeis de maravillár al verme en el hábito que me veis, que sabida por vos la ocasion, bien cierta estoy de que no seré culpada de mi atrevimiento.

MARCELO.

No me digas tal, que temblándome estan las carnes, si el viejo alcanzase á saber esto, por estar como estamos en víspera de darte un marido muy honrado. ¿Por tu vida no me dirás qué locura ha sido aquesta?

LELIA.

Señor, como fortuna, amor y mi mala suerte, todos tres se han conformado contra mí....

MARCELO.

¿Cómo contra ti?

LELIA.

Bien tendreis en la memoria como cuando por nuestros pecados Roma fue saqueada, allí mi padre, juntamente con un hermano mio, la mayor parte de su hacienda dejó perdida, y aunque la pérdida no fue pequeña, la de mi hermanico es la que á mi padre mas sin placer le hace vivir.

MARCELO.

Por cierto no parece sino que fue ayer, y á buena fe que son pasados buenos diez años, y que les podríamos bien echar once.

LELIA.

Que dejemos estar los años, que corren como viento, y aun con mas presteza.

MARCELO.

Prosigue.

LELIA.

Pues viniéndose mi padre á vivir aqui á Módena, yo por mi mal ví á Lauro gentilhomme desta ciudad, el cual conversando en la casa de mi padre, de mí se enamoró, y quiso Dios y mi suerte que con la misma moneda le pagase, rescibiendo de mí todos aquellos honestos favores que á mi recogimiento son lícitos.

MARCELO.

Muy bien sé todo eso.

TOMO I.

35

LELIA.

Y por depositarme mi padre en el monesterio con intencion de ausentarse, pensando en Roma cobrar algo de su perdida ropa, nunca Lauro de mí tuvo acuerdo, antes me visto que de Clavela, hija de Gerardo, doncella hermosa y rica, excesivamente se ha enamorado.

MARCELO.

Hora mira, Lelia, dejemos de traer á la memoria historias pasadas, sino anda acá á mi posada y cambiarás esas ropas, que hágote saber que tu padre ya es vuelto de Roma, y me envió por ti, y no salí á otra cosa de casa, sino á llevarte.

LELIA.

Déjame concluir.

MARCELO.

Dí pues.

LELIA.

No tuve otro remedio despues que mi padre en Santa Bárbara me dejó, sino descubrir á Cándida la monja tia mia el grande afan que por la ausencia de Lauro yo pasaba, la cual determinó de enviarle á llamar y trabar pláticas con él, porque á negocios que él tenia con las monjas solia venir.

MARCELO.

Dí, que bien te entiendo.

LELIA.

Acaesció pues un dia que de habersele muerto un

page suyo venia el mas afligido hombre del mundo, y decia que si Dios otro tal le deparase que no se trocaria por otro de mayor estado, y en verdad os digo que sin otra consideracion inferí salirme del monesterio y serville de page en el hábito que me veis, en el cual he procurado agradalle con quanto extremo he podido, y le sirvo todavía.

MARCELO.

¡Hay tal cosa en el mundo! ¿Y agora qué piensas hacer?

LELIA.

Sola una cosa quiero de vos.

MARCELO.

¿Y es?

LELIA.

Que entretengais á mi padre por espacio de algunos dias, diciéndole que yo y mi prima y otras monjas hacemos ciertas devociones.

MARCELO.

¿Pues qué piensas hacer en ese tiempo?

LELIA.

Yo lo diré. Clavela, querida de Lauro, tiene entendido que yo sea hombre y le he parecido bien: yo, viéndola tan aficionada, hele dicho que si á Lauro no pretende olvidar y aborrecer, que no espere de mí tan sola una buena palabra.

MARCELO.

¿Y crees tú que eso lo hará?

*

LELIA.

Todo lo podria rodear fortuna; mas por agora perdóname, que no sé quién viene allá, que á la tarde seré en vuestra posada y hablaremos mas largamente.

MARCELO.

Pues mira que no dejes d'ir: cata que te quedo aguardando.

LELIA.

Pierde cuidado, señor, que luego doy la vuelta: á Dios.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(Calle.)

GERARDO.

¡Oh! váleme Dios y cuán averiguada cosa es el hombre que negocios de importancia tiene, no poder reposar, especialmente yo que despues que hablé á Verginio sobre tomar por muger su hija Lelia, parece que no traigo juicio de hombre, y este Verginio es tan espacioso, que segun lo deseo, dudo ver el tiempo llegado. Agora yo me quiero llegar hácia su estancia á darme otro tiento, como que voy á otra cosa, mas primero es menester advertir á mi hija Clavela que si acaso viniere á demandar de mí, que le digan que en casa de Millan Muñoz el tendero me hallará. Guiomar, ¡ah! Guiomar. ¿No respondes? ¿estás sorda?

ESCENA II.

GERARDO. GUIOMAR.

GUIOMAR.

Ya vo, señor. ¡Jesú! ¡Jesú! libramela Dios de la diablo.

GERARDO.

Decí, ¿téngome de quebrar la cabeza primero que respondais? ¿Qué hacíades allá dentro, dueña?

GUIOMAR.

¿Eso me lostí, señor, delante de las honras de mi cara? farta de la haciendas tenemo que facer.

GERARDO.

¿Qué haciendas son las vuestras, señora?

GUIOMAR.

¡Ay señor Jesucristo! ¿qué haciendas me lo pides? Primero por la mañanas ¿no barremo la casa? Enapué ¿no ponemo la oya? Enapué ¿no paramo la mesa? Enapué ¿no fregamo la cudeya y la pratos?

GERARDO.

Bien.

GUIOMAR.

Enapué ¿no me manda señora Clavela que colamo la flor de la cucucena?

GERARDO.

De azucena, diablo, que eso pienso que querrás decir.